



Ramón López Velarde

Espantos

Renovaciones pasmosas se operan en nosotros. Creemos que un amor que nos ha acompañado por años y años, al partirse, nos ha de desgarrar y ensombrecer. Y se parte, y aunque nos da pena, ni nos desgarran ni nos ensombrecen... porque ya otro amor nos ha invadido. En mí, una mujer de manos astrales y ropaje cándido ha estado vacilando al borde de un despeñadero, como si quisiera ser siempre actual, y el despeñadero fuese el pasado. Y yo me decía: «Cuando ella quede atrás, despeñada, como una sombra en un orco, mi vida será más insensata que nunca». Después de tal vaticinio, ha llegado otra mujer; ésta ha caído en el pasado, como una mortaja en un abismo; y mi vida es tan insensata como antes, ni más ni menos; y tengo más alegría, como si mi nueva deidad fuera de naturaleza solar y alumbrase mis rincones feudales.

Y como se renueva el amor, se renueva la caridad y el egoísmo, la ira y el miedo. El terror vive en mí constantemente. Huésped enlutado, podrá cambiar de traje pero siempre irá de negro, lívido y con los cabellos erizados, por mis galerías. El terror, personaje solícito, se dignó presentármese cuando estudiaba yo, en mi casa, el silabario de San Miguel.

Fue una noche. Me habían ya acostado. Vivíamos en la calle de la Parroquia, y mi padre, según su costumbre, habíase ido a jugar malilla a la casa del doctor Villalobos, en la calle del Espejo. Sobre el buró, habíame dejado, misericordiosamente, una vela encendida. Su luz difícil se esforzaba, en vano, por un imperio cabal. Frente a mi cama había un ropero, y de detrás del ropero salía un hombre, inconsistente como un gas, y hecho de penumbra. Me miraba. Resistí su mirada dos o tres veces. A la otra, lloré. El hombre del ropero no sacaba más que medio cuerpo, ardid que le permitía ocultarse bonitamente cuando entraban a ver por qué lloraba yo. Se practicaban formales cateos, sin éxito. Pero apenas salían mis familiares, el hombre de gas y de penumbra volvía a

asomarse. Chillé hasta desgañitarse y conseguía desvelar al vecindario. Creo que entre las once y las doce se procedió contra mí ejecutivamente.

Poco tiempo después supe lo que eran los espantos. Los espantos, lo mismo en el Estado de San Luis que en el de Jalisco, son de diversas procedencias: bienaventurados o réprobos. Almas en gloria que vuelven a diligenciar un negocio pío; almas precitas que aúllan y maúllan; duendes que en los comedores en tinieblas arman estrépito de vajillas y cucharas, como si volcasen cristalerías y ferreterías de ultratumba; demonios que a la una de la mañana arrastran cadenas por los corredores glaciales; brujas díscolas que abren la puerta del corral, para que los caballos y las vacas se aventuren por el patio y levanten de las losas un rumor diabólico; gatos que parodian en los pretilos el llanto de un niño recién nacido; difuntos que quieren confesarse, porque una cuchillada o un tiro no los dejó recibir en vida la absolución; señoras galanteadas por Miramón y cantadas por don Fernando Calderón, que regresan del purgatorio con su crinolina y su desmesurada peineta de carey a indicar el sitio en que se ocultan unas onzas, escapadas a la codicia de los franceses; don Pedro, que necesita unas misas gregorianas; todo un mundo de más allá de la eclíptica; todo un universo de pavor...

¿Y las casas en que espantan? Una casa en que espantan es en un pueblo el camposanto de los aparecidos, el real del misterio. ¡Qué recelo me infundía la casa del Banco! Era ésta una casa de altos, cerrada a piedra y lodo desde tiempo inmemorial. En sus balcones se encharcaba la lluvia, y por la madera carcomida se filtraban gotas y gotas, que caían, en las noches de aquelarre, con un eco hostil, sobre la pizarra de la banqueta. Yo creía en los aparecidos de la casa del Banco, lo mismo que en los herrajes, oxidados y toscos, de su portón.

Yo creo, yo estoy dispuesto a creer, en todo lo que se llama miedo, en todo lo que se llama superstición. Respeto por igual al físico que ve en su sombra la propagación de la luz en línea recta y al salvaje que rinde culto a su propia sombra. La astrología, cuando le place, entra en mi lecho con sus rodillas heladas. Me atengo a la quiromancia como a la vacuna. Confundo las leyes de Newton con la fatalidad. Mi creencia de cábala, mi arte de amuleto. Y nada me regocija como oír hablar de la antorcha del progreso, de la hidra del oscurantismo y de otros bellos tópicos que zurcen los publicistas con sarampión.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

